

Carmelilla, la joven trianera  
más hermosa y más bella que el sol,  
el chavea la anda queriendo,  
por ella se muere, le jura su amor.

Y le dice Carmelilla,  
por ti torero voy a ser,  
por tenerte igual que a una reina  
y ella cariñosa le contesta a él:

Yo no te quiero torero,  
te quiero tal como eres,  
que a mí no me envidia el oro,  
ni el brillo de los caireles  
y yo te quiero a ti solo.

El chavea llegó a ser torero,  
afamado y de mucho parné,  
pasa el tiempo con otras mujeres  
y a su Carmelilla le olvida el querer.

A Carmela l'ahogan los celos,  
y la pena en el corazón,  
y Carmela como es tan devota  
le pide a la virgen con mucho fervor.

Y le dice: Virgencita,  
líbralo de esas mujeres,  
que lo quieren por el oro  
y el brillo de los caireles,  
y yo lo quiero a él sólo.

Toreaba una tarde en Sevilla,  
y un mal toro le dio una corná,  
desde entonces el pobre chavea  
ha quedado inútil para torear.

Despreciado de aquellas mujeres,  
a Carmela un día se encontró.  
Se arrodilla delante de ella,  
y a su Carmelilla le pide perdón.

Y le dice: Carmelilla,  
perdóname si me quieres,  
que a ti no te envidia el oro,  
ni el brillo de caireles,  
que tú me quieres a mí solo.

Y me voy a casar contigo,  
aunque de mí hable la gente,

aunque no soy de tu rango,  
soy buena moza y valiente  
y con delirio te amo.